

EL
DUQUE DE BERRY.

Entre las personas que componían la familia de los Borbones en 1789, y que tuvieron que dejar la Francia á consecuencia de la revolucion de dicho año y sucesos posteriores, figura CARLOS-FERNANDO DE ARTOIS, DUQUE DE BERRY, hijo del conde de Artois (Cárlos X), y de María-Teresa de Saboya, el cual nació en Versalles el 24 de enero de 1778.

La marquesa de Caumont fué su aya, y el duque de Serento el encargado de su primera educacion. Bajo su direccion y en el palacio de Beauregard, cerca de Versalles, recibieron él y su hermano mayor, el duque de Angulema, las lecciones de los abates María y Guenée.

En sus primeros años se le notó un genio algo violento, aunque sin perversidad de corazon, y una decidida aficion á las artes. Apénas principiaba su educacion, recibió de su padre la órden de salir de Francia en compañía de su director, para refugiarse á los Países-Bajos, y de allí á Turin, donde estuvo con el rey de Cerdeña, su abuelo, que dió continuas pruebas de aprecio á la casa de Francia en la época de sus desgracias.

Con arreglo al plan de estudios formado por el duque de Serento, asistió á la escuela de artillería, pasando por

todos los grados desde simple artillero á capitan. No tardó en tener ocasion de hacer uso de los conocimientos que había adquirido, porqué declarada la guerra al Austria y la Prusia por la Asamblea nacional, tuvo que dejar á Turin en agosto de 1792, para unirse con su padre, y principiar la campaña, espieniéndose por primera vez al fuego enemigo delante de las murallas de Thionville. El cambio de los sucesos, cuando á la retirada de la Champaña, los zelos políticos y los intereses encontrados de varios gabinetes, retuvieron al príncipe hasta mediados de 1794 en el castillo de Ham, donde se perfeccionó en el arte militar y aprendió la equitacion. Pero reorganizado el ejército de Condé, recibió órden de su padre para incorporarse con aquel. Empezó á servir de voluntario, y pasando por todos los grados, se encargó el 25 de julio de 1796 del mando de la caballería, confiado

antes al duque de Enghien, que iba á mandar la vanguardia. Durante las campañas de 95, 96 y 97 se halló en todas las acciones de guerra; y en la de Steinstad, que duró todo un día, entró en el pueblo con los primeros húsares, lo atravesó en medio de un fuego terrible, y se retiró cubierto de sangre. En la cabeza del puente de Huninga estuvo muy espuesto á perecer; combatió en Kamlach, Munich y Schussen-Ried, y estudió los movimientos del general Moreau en su brillante retirada, tomando lecciones de este hábil enemigo; se halló al sitio de Kehl, donde mataron á su lado á Franclicu, edecan del duque de Borbon, y en Offembourg se presentaba todos los dias en la trinchera.

Quando el rey fué al ejército, *por no tener*, como él mismo dijo en la orden del dia, *otro asilo que el del honor*, fueron puestos en libertad, á solicitud del DUQUE DE BERRY, todos los oficiales pre-

sos ó arrestados por faltas de poca trascendencia. Estuvo en compañía de su tío en Mittau y al lado de su padre en Edimburgo, hasta que en octubre de 1798 voló á juntarse con sus compañeros de armas en Volhinia. Allí tuvo que encargarse interinamente del regimiento de nobles, que Pablo I había destinado para el duque de Angulema, y acreditó ser un buen oficial de caballería.

Quando la Rusia resolvió socorrer á la Austria, liberrar á la Italia, y adelantarse hasta Francia, el cuerpo de Condé recibió orden para marchar; lo que verificó en tres columnas, mandada la primera por el príncipe de Condé, la segunda por el DUQUE DE BERRY y la otra por el duque de Enghien. Después de haber andado 400 leguas, llegó el ejército realista el 1.º de octubre de 1799 á las cercanías de Constanza, en la que fué atacado por los republicanos. La

batalla fué sangrienta y á la bayoneta, y la última que sostuvo en esta campaña el ejército de Condé. El DUQUE recibió entónces la gran cruz de Malta, con que le condecoró el emperador de Rusia.

Sus continuos viages le proporcionaron el hablar varias lenguas vivas, y su estancia en Italia el conocimiento de la pintura y de la música. Pero ni en Roma ni en otro punto del continente europeo le fué posible permanecer, desde que la paz de la Alemania dió lugar al Gobierno frances para pedir á los gabinetes con quienes estaba en paz, que alejasen á los Borbones, como perjudiciales á su consolidacion. Se vieron pues precisados el conde de Artois y su hijo á refugiarse en Inglaterra, donde el DUQUE se entregó á la pasion que mas combate nuestros corazones, principalmente los de un militar que se halla emigrado y en la ocio.

sidad. Dos niñas, fruto de este trato clandestino, han sobrevivido á su padre.

Por aquel tiempo falleció la madre del DUQUE; lo que le ocasionó una larga enfermedad y la mas profunda melancolía: no logró mitigar su pena hasta que aprovechándose de la espedicion de los ingleses á Copenhague, se trasladó á Suecia. Tuvo que regresar á Inglaterra, luego que se frustró el objeto de la espedicion.

La guerra de España de 1808 le animó de nuevo, y en cierta ocasion estuvo para pasar á Francia acompañado de dos personas solamente, con el proyecto de unirse á los realistas del interior. *Me bastará, decía, encontrar cincuenta valientes que me reciban.* No se realizó la espedicion, habiendo perdido la vida el sugeto, á quien se envió de descubierta.

Los acontecimientos de la Península

iban por fin á abrir el camino á la restauracion despues de 22 años de combates, victorias y catástrofes. Todos los individuos de la familia real se apresuraron á dar impulso á este desenlaze, partiendo á diversos países, y el DUQUE pasó á la isla de Jersey, donde se hallaban algunos realistas franceses envejecidos en el destierro. Los vientos y la política de Europa le retuvieron allí algunos meses, hasta que finalizó el poder de Napoleon. Los derechos de este, adquiridos por las victorias, no tenían bases sólidas que los perpetuasen, careciendo de los que podían darle la legitimidad ó el voto nacional. Así es que el emperador cayó á la vista de sus mismos guardias, deslumbrados por el resplandor de una monarquía antigua, regenerada y amoldada á las necesidades de la Francia por medio de una Constitucion.

Apénas el pabellon blanco había si-

do enarbolado en Cherbourg, cuando se distinguió una fragata que tambien lo llevaba. El DUQUE DE BERRY, que pasaba en el Eurótas á Caen, se dirigió con este motivo á aquel puerto, ignorando que el ayuntamiento de la villa había mandado una diputacion á Jersey para suplicarle, que se dignase de ir á desembarcar en ella. El prefecto de marina y las principales autoridades salieron á recibirle, y entró en la rada entre salvas de artilleria y buques empaesados. Inmediatamente fueron puestos en libertad 600 reclutas desertores, y entregados al capitan ingles los prisioneros de su nacion.

Continuó su marcha á Paris, y fué recibido en la barrera de san Dionisio por el cuerpo municipal, y por los mariscales y generales. Su padre le esperaba en las Tullerías, no ménos admirado que él del repentino cambio de su fortuna. Pero este gozo fué pronto in-

terrumpido por haber salido de la isla de Elba Napoleon, que recobró el trono, bien que para dejarlo al cabo de tres meses.

Verificada la segunda restauracion, fueron convocados con grande ostentacion los colegios electorales, y el DUQUE DE BERRY que presidía el de Lila, pronunció á su apertura en 13 de agosto de 1815 el discurso siguiente: « Enrique IV, el mas querido de vuestros reyes; juntó despues de largas guerras intestinas á las personas mas distinguidas é ilustres de la nacion, para pedirles consejo. A ejemplo suyo el rey, mi augusto tio, con arreglo á la Constitución que él mismo ha dado á su pueblo, se dirige ahora á vosotros, y me nombra en particular por su intérprete para con el departamento del norte. No hablaré á los habitantes de un distrito que es la cuna de la monarquía; de su fidelidad; ni daré gra-

« cias por sus sacrificios á un pueblo, que tan al vivo nos recuerda aquellos francos, generosos y guerreros de que desciende: me limitaré á deciros, señores, que el rey, pasados 23 años de revueltas y desdichas, siente la necesidad de investigar el corazon de sus súbditos, que él juzga por el suyo. Y como no puede reunir cerca de sí á todos los franceses, de quienes es mas bien padre que rey, desea que le enviéis, no los que mas le quieran, pues todos le amáis igualmente, sinó los que mejor conozcan vuestros pensamientos, y que se presenten delante del trono olvidando lo pasado, bien enterados del presente estado de las cosas, con prevision para lo futuro, respetando la Carta constitucional, que sean afectos al Gobierno monárquico, y que renuncien á toda mira de interes personal, pues sin esto no es posible trabajar por la felicidad pública. »

No tardó el DUQUE en desposarse con la princesa Carolina, hija primogénita del príncipe real de las dos Sicilias. Las fiestas del casamiento se celebraron en el bosque de Fontainebleau, y la ceremonia nupcial en la catedral de Nuestra Señora de Paris. El método de vida y ocupaciones del DUQUE cambiaron con su nuevo estado; pero nunca se redujo á vivir aislado, como suelen hacerlo las personas de su clase. Por el contrario cuando salía, solo ó acompañado de un edecan, se confundía al momento con la muchedumbre. Su carácter, que tocaba algo en seco y desabrido, iba dulcificándose mas y mas cada dia.

Una fatalidad parece que ha perseguido á la familia de los duques de Berry, pues muchos de ellos han tenido un fin desastrado, incluso Luis XVI, que tambien llevó este título. Su sobrino estaba destinado á morir de una puñala-

da, como el primer monarca de los Borbones.

Todos los Gobiernos y todos los reyes tienen enemigos, y mucho mas en época de mudanzas y convulsiones. No faltaban por lo mismo á la dinastía que acababa de recobrar el trono frances; y como el DUQUE era el único que ofrecía probabilidad de perpetuarla, por ser jóven, tener una niña y esperanzas de sucesion masculina, circunstancias que no concurrían en los demas individuos de la familia; le escogió un hombre, embriagado de fanatismo politico, por su primera víctima. Aseguran que el DUQUE recibió varios anuncios de la catástrofe que le esperaba, y que léjos de despreciarlos, atormentaban su ánimo de continuo. Como quiera que sea, el hecho se realizó de este modo.

El domingo 13 de febrero de 1820, fueron á la ópera el DUQUE y la duquesa, la cual por sentirse algo indispueta,

quiso retirarse á poco mas de las once. Acompañóla al coche el DUQUE, pensando quedarse aun en el teatro; pero al estarse despidiendo para volverse dentro, atravesó un hombre de prisa, empujó al lacayo y cogiendo del hombro izquierdo al DUQUE, le hirió en el lado opuesto á la parte inferior del pecho. El conde de Choiseul, creyendo que aquel hombre había tropezado con el DUQUE por grosería, le hizo retroceder reconviniéndole por su falta de atención. El príncipe llevó la mano al costado en que creyó no haber recibido sino una contusion; pero al instante exclamó : *Soy muerto : ese hombre me ha asesinado.* A este grito los gentileshombres, el centinela que tenía presentadas las armas dando la espalda á la calle de Richelieu, un lacayo y varias otras personas corrieron tras del asesino; mientras la duquesa bajaba del coche á toda prisa para socorrer á su marido.

Caminaba este sostenido por el conde de Mesnard y sus criados para sentarse en el banquillo del cuerpo de guardia. Allí repitió : *Soy muerto.... un confesor.... ven, esposa mia, que espire en tus brazos.* Desmayóse en seguida, y lo primero que preguntó al recobrar los sentidos, fué, si el delincuente era extranjero; y como le respondiesen que no, ¡ *Cuánto siento,* dijo, *que me haya muerto un francés!* Mientras se preparaban las ventosas, el señor Bougon, su primer cirujano, se puso á chuparle la herida; lo que el príncipe no quería permitir, temiendo que estuviese envenenada.

En esto llegó el obispo de Chártres, á quien el DUQUE alargó la mano pidiéndole los auxilios de la religion, con las mayores muestras de arrepentimiento y resignacion cristiana. El obispo le exhortó á tener confianza en Dios, y le hizo decir un acto de contricion para

poder absolverle. Mas tarde se le administró la Estremauncion, sin que pudiese dársele la Eucaristía, como deseaba, por impedirlo los continuos vómitos de sangre.

Acudieron sucesivamente el duque de Angulema y el conde de Artois, á quienes suplicó encarecidamente se interesasen con el rey, para que perdonase al asesino. Llevaron luego á instancias suyas á su hija, á la que dió su bendicion diciéndole: *Pobre criatura! ojalá seas ménos desgraciada que las personas de tu familia!* Quiso igualmente abrazar á las dos niñas que había tenido en Inglaterra, las cuales así que llegaron, se pusieron de rodillas sollozando al pié del catre. Les dirigió algunas palabras tiernas en ingles, para anunciarles que estaba su fin próximo, y les encargó que amasen á Dios, que fuesen buenas y no olvidasen á su padre. Las bendijo, las hizo levantar, las abrazó, y

volviéndose á su esposa, *Cuento con tu amor, le dijo, y me voy descansado de que cuidarás de estas huérfanas.* Estrechólas contra su pecho la princesa, y haciendo que viniese su hija, *Abrazád á vuestra hermana*, les dijo. Esta escena arrancó las lágrimas de cuantos presentes se hallaban.

Los síntomas se fueron agravando, pero aun dieron tiempo para que llegase el rey, cuya mano besó el príncipe, pidiéndole en medio de las últimas agonías por la vida del asesino. No habiendo obtenido una respuesta directa, insistió dos veces en la misma demanda, y de allí á poco rato, á las seis de la mañana del 14 de febrero, dejó de existir, rodeado de toda su familia y de muchos sugetos de distincion.

Siete meses despues dió á luz la duquesa de Berry al duque de Burdeos, al cual denomina el partido realista de Francia Enrique V, por haber abdicado

la corona en su favor Cárlos x y el duque de Angulema en 2 de agosto de 1830.

El matador del DUQUE DE BERRY fué arrestado acto continuo, y conducido al parage donde había cometido el crimen; y habiéndole registrado, se le encontró otro puñal con su vaina y la del que había dejado en la herida. Procedióse allí mismo al interrogatorio, y declaró llamarse Luis-Pedro Louvel; que había nacido en Versalles en el año 1785; que era guarnicionero de oficio, y que había estado empleado en las caballerizas imperiales y despues en la del rey, donde en la actualidad trabajaba. Preguntado acerca del arma con que había cometido el delito y de las demas circunstancias, lo confesó todo, añadiendo, que se había propuesto acabar con todos los individuos de la familia real y con cuantos en 1814 habían hecho entrar á los estrangeros en

su patria; que no tenía cómplices, y que no había sido mandado, pagado ni inducido por nadie. Habiéndosele seguido el proceso, ratificó siempre su primera declaracion, y el 6 de junio del mismo año de 1820 fué sentenciado por la cámara de los pares, y guillotinado.

